

que la verdad se verifica en la relación entre el signo y la materialidad vivida. Su triunfo o su fracaso se juega en ese espacio humano, que es el de la historia que, al menos entre nosotros, aún no ha terminado.

La derrota del campo popular y de las organizaciones revolucionarias que protagonizaron en los 60 y 70 luchas que conmovieron profundamente a nuestra sociedad, ¿fue la misma?

No fue la misma derrota, pero todos soportamos su resultado como si lo fuera. No fue la misma derrota, primero, porque la propuesta de los grupos guerrilleros no había penetrado en las clases populares como para decir que había un lazo entre las dos en función de un proyecto implícito, común y colectivo, en el que las clases populares, o grandes sectores de la pequeña burguesía, se hubieran reconocido. No estoy seguro de que el peronismo popular, colectivamente, se haya reconocido en los montoneros, por ejemplo, como aquéllos que representaban la expansión y realización de la política peronista. Quizá si hubieran vencido, sí, aunque antes tenían que lograrlo. Pero al mismo tiempo no podían vencer sin el apoyo popular activo y decidido a jugarse como ellos se jugaban. Los montoneros fueron llamados por Perón el brazo armado del cuerpo peronista. Después él mismo cortó ese brazo y lo separó del cuerpo: «corto manos y corto pies para toda la vida», como decían los chicos. Años después, extraño destino, como para que no se hicieran ilusiones ni con el poder imaginario de un muerto, le cortaron a Perón mismo las manos. ¿Venganza póstuma de Rojas? Pero estamos en el reino de las metáforas políticas. Y aquí, en la Argentina del realismo trágico, las metáforas más crueles se corporizan: se hacen reales, dejan de ser simbólicas.

En ese sentido no fue la misma derrota pero, al mismo tiempo, fue la misma para las clases populares, porque la guerrilla, ya vencida, sirvió a la dictadura de excusa para establecer un corte tajante entre la posibilidad del planteo del cambio social y las bases populares. El terror abarcó a las dos, tanto como la derrota, pero por decisión extensiva del poder represivo, y no de la propia experiencia de los trabajadores, porque fue distinta. La derrota fue diferente en los trabajadores: la sufrieron como clase, sirvió para restringirla en todas sus posibilidades como clase: se inscribió en la estruc-

tura. Fue expropiada, disminuida, humillada, despojada, restringida en sus derechos. Allí los capitalistas hicieron su agosto: todavía siguen chupando como sanguijuelas. Al golpe militar le sucedió el golpe económico de Martínez de Hoz, que siempre lo acompaña. Esa clase peronista del imaginario montonero, derrotada por ellos al decidir por todos, es la que votó a Menem. Y Menem vuelve con las fuerzas todas del Proceso: militares, económicas, religiosas y culturales. Quizás algún día, profundizando la democracia, las mayorías puedan torcer el rumbo de esta expropiación masiva de la vida a la que están ahora sometidas por sus propios representantes. La democracia podría hacerlo posible si, como se dice, aprendiéramos de la experiencia. Menem debe estar actuando como un analizador histórico para los peronistas.

En aquella época, ¿hubo aciertos en el campo popular? ¿En las organizaciones revolucionarias?

Hubo un crecimiento y enfrentamiento a nivel sindical, por ejemplo, lo cual era positivo. Creó la aparición y el desglosamiento del contenido real de las propuestas que aparecían inscriptas en las luchas políticas y económicas y, en ese sentido, hubo crecimiento. Hubo crecimiento a nivel barrial cuando se creaban comunidades donde la gente tenía la posibilidad de acceder a otro nivel de comprensión de su propia inclusión dentro de la sociedad. Gestaba lazos sociales que el capitalismo negaba. Se estaba creando una fuerza molecular que podía expandirse. Pero, ¿qué pasó, cuando la guerrilla, soberbia, juega y apuesta eligiendo por todos? Todo ese progreso, que realmente era uno, con un discernimiento colectivo y social en crecimiento, desaparece luego con la implantación del terror que veía que el problema no era sólo el enfrentamiento con los guerrilleros, a quienes ya habían vencido. El problema era todo lo que se había suscitado a nivel social como comprensión, como inclusión progresiva y apertura de un campo propio dentro del campo popular. Fue el fracaso de algo positivo, que va a costar mucho recrear.

La decisión del peronismo montonero, y de los otros grupos, de asumir por su propia decisión una responsabilidad colectiva que nadie les había delegado, se sintetizó trágicamente en lo que pasó en La Tablada. El Movimiento Todos por la Patria (MTP) había entrado a tra-

bajar en lugares barriales. Sostenían al parecer una concepción progresiva, comprensiva, de acercamiento a los sectores populares, para transformar y ayudar nuevamente a crear relaciones colectivas a partir de la dispersión que el terror produjo. Eso creían casi todos sus miembros, y la gente que se acercaba a ellos. Y de pronto emerge esta decisión de una minoría absurda y loca, la toma del cuartel, que hace aparecer de golpe la unión de estos dos aspectos, la omnipotencia imaginaria que suplantaba lo verdaderamente colectivo, y las armas como medio. Creo que ésta es la síntesis que muestra una fantasía prolongada desde una realidad anterior que no fue ni comprendida ni criticada, que sostenía un imaginario congelado y ahistórico. Volvió otra vez, tozudamente, a elegir por todos, proyectando una adhesión que no tenían: un pequeño grupo alucinado y omnipotente. Otra vez el desconocimiento de los límites reales, pero mucho más irracional, mucho más fantaseado y mucho más distante de la realidad, por decirlo así, en la realidad misma. ¿La vida no vale nada?

¿Vislumbrás alguna perspectiva?

En la medida en que las fórmulas anteriormente utilizables han sido, la mayor parte de ellas, desechadas o dejadas de lado; en la medida en que la izquierda se inscribió en la conciencia popular de una determinada manera, como «zurda», puesto que firmaron en su nombre un pagaré que los militares se cobraron, está costando mucho que pueda ser escuchada y, sobre todo seguida, más allá de algunos éxitos obtenidos por algunos grupos. Y, al mismo tiempo, la lógica represiva no deja de asignarle, ante el pueblo, de ser ella la que produce lo que en algunos sectores populares espontáneamente hacen. El poder sigue temiendo, es evidente, las verdades que la izquierda dice. Habría que ver hasta qué punto esa inscripción puede desarrollarse abarcando otros populares, que puedan recurrir a todas las presiones que la democracia concede para oponerse a lo que está pasando.

Volviendo a la imagen anterior. Pienso que es necesario contar con una movilización a partir de un mínimo común denominador. Lograr, por ejemplo, que este cuerpo colectivo que nosotros sentimos vibrar en las 200 mil personas que se reunieron en el «no» al indulto, pueda reunirse también como una masa popular que sienta que no está sola, más allá de la dispersión a que fue obliga-

da. Construir, más allá de las diferencias entre partidos, un gran conglomerado social, un frente que se convierta en un punto de partida de un poder colectivo real, aunque sólo esté presente al principio en la simultaneidad de los cuerpos que se reúnen para decir «no» a una política determinada. Hasta que no tengamos y creemos la primera experiencia de un colectivo en el cual nos reconocemos, difícilmente podemos abrir un camino imaginario, de utopía política, en el cual la gente pueda sentir que vuelve a producir, con sus propios actos, un poder real desde el cual implicarse en otro tipo de propuestas.

Lo que estoy pensando es una especie de campo imaginario mínimo, colectivo y real, un campo de utopía, donde lo posible se abra desde lo dado transformado, un punto de partida para poder sentir que no estamos solos en la defensa de nuestros derechos sociales. Tendríamos que trabajar hacia allí, porque todo lo demás, la pueblada, las salidas desorganizadas, sin un objetivo claro, el ataque a los supermercados, sólo producirán represión y más miedo. No tendría este sentido político de inscripción colectiva, unificada más allá de la dispersión y de las particularidades de cada uno. Sería el primer punto de convergencia democrática para un frente nacional de oposición a la política del gobierno.

¿Cómo luchás contra el terror, la soledad y la muerte?

Tratando de pensar y sentir la vida, su alegría irrenunciable, más allá del terror, de la soledad y de la muerte que sin embargo nos acechan. Una apertura renovada hacia la vida, no simplemente fantaseada, pero sí con fantasías, cuyas puntas uno trata de descubrir en la realidad misma, a pesar de todo el peso muerto del pasado, de todo lo que el sistema trata de organizar para que nada pase. Hay algunas puntas vivas que surgen en la realidad; en este momento que hay tan pocas, hay que descifrarlas. Más que descifrarlas hay que apostar a su existencia a través de los signos y de las saliencias que las manifiestan. Como todo está impregnado por lo mismo, formamos parte de un mismo círculo denso y espeso, del cual, para evadirte, tenés que aceptar previamente sus leyes mínimas, que nos metieron adentro, internalizarlas que le dicen, y desde ahí abrir el juego, que en un principio puede aparecer todo mezclado. Y diferenciar en el goce que sentimos, en lo que hay de más propio, el goce del enemigo, de los otros, de los que nos

amenazan, que gozan de nuestras dificultades en nosotros mismos. Ellos también están dentro del mismo círculo, los llevamos adentro, no hay vuelta que darle, y de allí el debate.

Estamos en un mundo paranoico, persecutorio. Hasta la violencia y la intensidad del sonido musical te persigue: el rock duro, por ejemplo, es pura intensidad paranoica. El sonido tiene que aturdirnos, inundarnos, para no escuchar al otro que nos grita desde adentro y desde afuera, y acallar con nuestra violencia y nuestra intensidad la suya. ¿La violencia del rock duro, con sus contorsiones que quieren dislocarlo todo, podrá eludir y rescatarse de la pura intensidad sonora que utiliza y de la que puede quedar, al fin, vencido, inutilizado por ella: aturdido? La violencia expresiva de ese rock, que anima con su música el ritmo dislocado y despedazado del cuerpo, es quizá también una forma de resistencia. ¿Qué resultará de este enfrentamiento donde lo contenido estalla en un intento, amplificado hasta el delirio, de enfrentar lo mismo con lo mismo, pero diferenciado en la sonoridad que lo representa y ayuda a dominarlo? Es la violencia del mundo social hecha sonido, metafóricamente domeñable como arte. Es una exasperación distanciadora de una realidad exasperante, insoportable, pero que el cuerpo asume y se consume al expresar, vívidamente, el drama de todos.

Lo tomo, y me arriesgo, como un ejemplo y una enseñanza. Hay que ampliar la realidad más allá de la realidad inmediata, pero sin salir de ella. Extraño y paradójico desafío: abrir la distancia en la sin distancia y en la proximidad más plena, desde el cuerpo sintiente, alienándonos en lo que nos persigue, para transformarlo en lo contrario. Hay que descifrar para comprender lo que a la gente le pasa, descubrir los extraños laberintos donde se elabora la resistencia personal a la cual uno apuesta, que puede salir o no, que puede resultar o no, pero a la que hay que apostar que existe, porque no hay represión sin algo que puja por aparecer, incontenible. Si hay represión continua, o propuestas de satisfacción que nos encierran sin salida, es porque la represión, con sus modos, con lo que da forma a la vida, tiene que estar conti-

nuamente reprimiendo u ordenando aquello que trata de emerger: éste sería otro presupuesto optimista del cual uno se agarra. Hay siempre en la vida una fuerza y unas ganas que insisten siempre y resurgen, que aparecen y se multiplican sin detenerse. Fuerzas de la vida que exigen y devoran todas las propuestas, que se metamorfosean y adoptan muchas veces, pero hasta agotarlos, los objetos y las formas que se le aproximan o que ellas mismas crean dentro de los límites que les marcan y que continuamente desbordan, insatisfechas. Atentos, los poderes saben, de un saber siniestro, que en las ganas nuevas que ven aparecer de golpe, creación subterránea, espontánea, desde abajo, y que ellos mismos retoman luego para codificarlas y promoverlas, hay una amenaza sostenida y repetida: que hay un poder de vida que trata de enfrentarlos y de vencerlos. ¿Qué quería decir ese uso bélico inesperado de la música rock para ensordecer a Noriega? ¿Repetían el efecto que surte en ellos pero ahora en el otro, el enemigo, esa insoportabilidad que también a ellos, señores de la guerra, los amenaza y los rodea?

Con eso que el poder ordena y hasta expande, cuya verdad de vida se revela en el anverso, que horada los límites y los desborda, que surge de los intersticios y se filtra, con esa fuerza también hay que contar, aunque no corresponda a lo que el concepto de clase define. Esas ganas nuevas, juveniles, van de alguna manera señalando, en su propia experiencia, algunos índices que hay que saber comprender sin rechazarlos. Hay que aprender a inventar con ellos las nuevas resistencias. Hay que estar atentos para descubrirlas, quizá porque enseñan a enfrentar la represión en su trama más nítida y sensible, y desde allí crean los anticuerpos más adecuados para defenderse, gozando con la lucha. Seguramente no tendrán los mismos signos que leíamos antes, deben ser diferentes, necesitan serlo, como es diferente la realidad que ahora ellos viven, y también la nuestra.

León Rozitchner